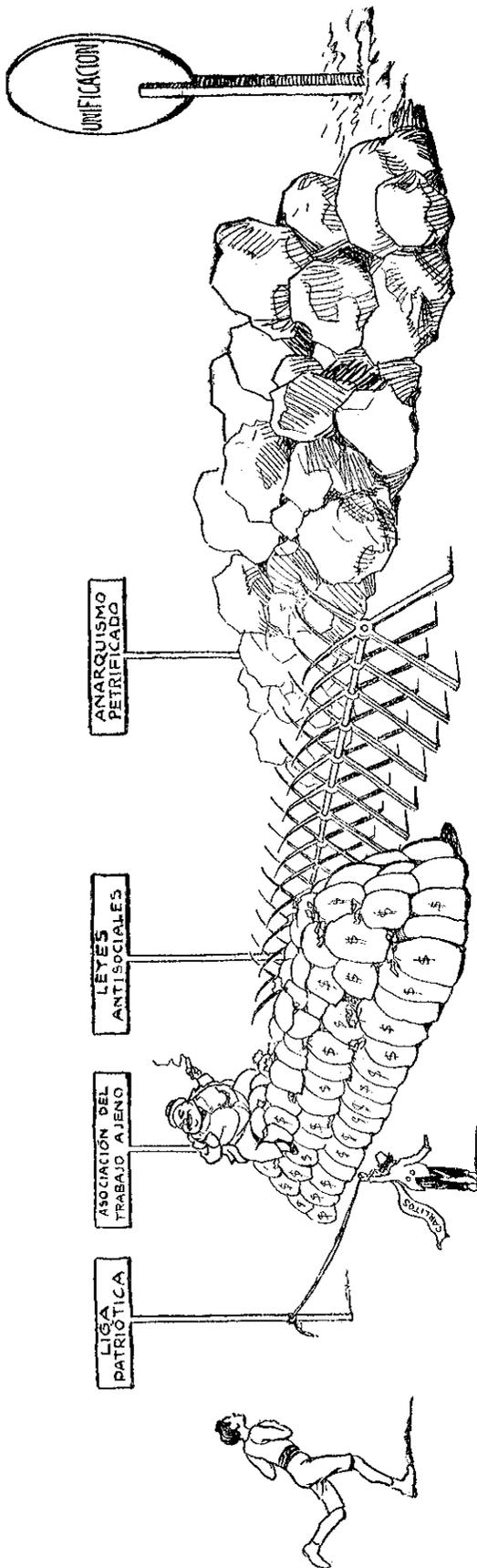


CARRERA DE OBSTACULOS DEL PROLETARIADO ARGENTINO



EL BURGUES. — Pedrás saltar los tres primeros, pero cuando llegues al cuarto... ¡ahí te quiero ver, escopeta!

El que se cree dueño de la verdad absoluta es un cretino o un inquisidor. Ese imbécil deseará, como Calígula que la humanidad que no piensa con él, tenga un solo cuello para cortarlo de un tajo.

No busquéis entre los hombres al super hombre, ¡oh!, vosotros los que habiendo roto en vuestra alma el fetichismo de los dioses, lo habéis sustituido en nombre de las ideas modernas por la idolatría de los héroes.

No existe el super-hombre, sino como sublime abstracción metafísica digna de un poeta exaltador de la personalidad humana tan genial como Nietzsche.

No hay más que hombres, hombres y hombres débiles criaturas humanas, muy humanas sobre la mísera corteza terrestre, amigo mío.

Usted y yo, y el de más allá, somos eso, nada más que eso, si se nos baja del tablado en que con más o menos decoro exterior representamos nuestro papel de galán o modesto partiquino en esta opereta lírico-bufo, y a veces trágica, de la vida.

No hay santos, héroes o apóstoles que no pequen, tiembelen o claudiquen.

Si usted analiza la vida de Jesús o Sócrates o Tolstoy, descubrirá debilidades en el primero, vicios de su época en el segundo y negatividades revolucionarias en el tercero. Y sin embargo, son tres flores heráldicas de la especie, tres cumbres excelsas de la espiritualidad humana.

Como hasta ahora nos hemos estado explicando la Historia por la leyenda de los héroes, en vez de explicárnosla por el crecimiento cultural del espíritu colectivo, sin el cual el genio no florece, hemos revestido siempre de una aureola de perfección a los líderes de la Humanidad, falsificando su psicología y olvidando el acucioso análisis de estos versos de Almafuerte:

No nos basta una cruz para ir a Cristo
ni basta la piedad para ir al cielo;
que en este, bajo, relativo suelo,
también para ser santo hay que ser listo.

Si los tipos de selección humana tienen deficiencias, ¿cómo no las hemos de poseer en mayor grado los que no rebasamos el nivel de lo mediocre?

No olvide, entonces, que las ideas absolutas no gobiernan la conducta individual ni la conducta colectiva de los hombres. La doctrina del anarquismo que usted y yo hemos predicado más o menos románticamente mientras no era otra cosa que un noble grito de nuestro corazón sublevado por la iniquidad de lo existente; un hermoso sueño de libertad, un generoso plan de justicia y un inmenso proyecto de amor para la humanidad dolorida, no fué sino la levadura de ese vago idealismo y de esa inflamable rebeldía de que se ha impregnado el alma de las multitudes proletarias. ¿Era, realmente, una doctrina orgánica, destructora y reconstructiva de la sociedad? Teníamos en la mente los que habíamos tomado como catecismo las palabras de «los precursores de la Revolución», una nueva armazón económico-política para sustituir el viejo andamiaje del sistema capitalista? No lo teníamos, sino de un modo muy nebuloso y embrionario. ¿Era por eso falsa nuestra teoría de la Revolución? Tampoco. Ella llevaba consigo el germen de la verdad, como lleva el huevo el germen del pollo o la semilla los elementos de la flor y el fruto. Se hizo en Rusia la Revolución del trabajo, pero he aquí que ni los puritanos del marxismo ni los cuáqueros del bakunismo estuvieron de acuerdo con ella.

¿Por qué? ¿No se derribó el régimen del capitalismo, estableciéndose la abolición de la propiedad privada y la socialización del trabajo? Sí, indudablemente, esa es la base y fundamento del sistema comunista. Y entonces, ¿qué falla le encuentran los descontentos? Sencillamente que no se hizo dicha revolución ajustándose matemáticamente a las santas escrituras del evangelio de Marx o Bakunin, sino ajustándose a las inesperadas circunstancias biológicas de la historia con un extraordinario sentido realista de las cosas.

El pecado de los autores de la más grande revolución de los siglos, consiste, pues, para nuestros leguleyos del anarquismo troglodítico en que, en vez de haber continuado por muchos años trenzados en una interminable pe-

lea de dialéctica pura, como los monjes luteranos de la edad media, cortaron de un solo tajo el nudo gordiano de la estéril discusión y echaron abajo el degradante sistema de la esclavitud del hombre por el hombre.

¿Que nació con muchas imperfecciones el nuevo orden? ¿Pero quién lo ha engañado a usted, haciéndole creer infantilmente que las revoluciones sociales se hacen por un golpe de vara mágica brindándoles el paraíso a las generaciones que la hicieron?

No se pasa de una civilización que muere a una civilización que nace sin que sufra toda la humanidad los dolores naturales del parto. Se siembra de una generación para otra, amigo mío. A nosotros nos toca rompernos las manos para cultivar la dura tierra, pero sólo nuestros hijos disfrutarán de la ubérrima cosecha. Los rusos que lo han dado todo por esta revolución: su sangre, su vida los unos, su pan y su abrigo los más, han tenido esta misma consoladora visión del porvenir al cifrar toda su fe y toda su esperanza en los niños, en las tiernas generaciones que se educan sin amos y sin tiranías mentales en la santa escuela redentora del trabajo glorificado por la libertad y el amor.

Sacuda usted, amigo, las cascarrías de esta tiñosa civilización burguesa que todavía le quedan prendidas en el alma, limpie su corazón de la ponzoña de esos estúpidos rencores que lo convierten en feroz enemigo de su her-

mano esclavo, tan galeote como usted del salario, por el hecho de que difieren en el nombre más que en la esencia de su ideal, pues ambos están igualmente sedientos de justicia y ávidos de vivir la vida, y observará que sus ojos se limpian como por un milagro de las telarañas del error para ver más lejos, para abarcar más anchos horizontes de amor y de esperanza, para comprender que está usted en un mundo donde toda discusión es viciosa cuando tantas cosas grandes, nobles y bellas que restan por hacer, están solicitándolo para ser hechas.

No pierda usted miserablemente su tiempo prestando atención a los discutidores de oficio que sólo saben crearle vallas al esfuerzo ajeno, y ponga su oído atento a los que poniendo genio, pasión y sacrificio, forcejean por la definitiva liberación de los oprimidos.

¿Recuerda usted las concisas y precisas palabras de Trotsky?

«O nosotros terminamos por adaptarnos a las normas del capitalismo mundial, o el resto del mundo se adapta a nuestro sistema». He aquí el dilema formidable que tiene usted ante su conciencia revolucionaria, ¿Sería usted capaz de traicionar con su acción negativa dentro del proletariado la causa de la Revolución Comunista?

Si tal hiciera, demostraría con ello, que usted no es sino un burgués disfrazado.

JULIO R. BARCOS.

- AQUILATACIONES -

Por NEMESIO CANALES

CINES Y TEATROS

(Continuación de «Los tres enemigos del alma moderna»).

Y ahora, conforme a lo anunciado en el número anterior, vamos con el cine y el teatro. En primer lugar, existe el viejo pleito de si el cine matará al teatro o el teatro al cine. Yo creo que ninguno matará a ninguno. Al que están matando los dos, en competencia criminal, es al público, al pobre público que paga siempre mejor lo que más le idiotiza y envenena o aniquila (el alcohol, las drogas, el modisto, el cirujano, el charlatán profesional o político, etc.)

Ambos, teatro y cine, pero más el último que el primero, por la sola razón de que alcanza al mayor número, son dos cosas enormes: son algo así como templos para comulgar con cuanto tiene de grandeza y misterio la vida. Son el dolor, la alegría, el niño, la mujer, el viejo, el torbellino, el remanso, el odio, el amor, la barcarola, el naufragio, la estrofa, el rugido: son esta miserable y excelsa cosa, en latido y en marcha perenne: ¡la vida!

Son, sí, dos cosas enormes; pero sólo en potencia. Sólo en potencia, porque lo que dan de sí hoy es una mezcolanza informe de una vileza de expresión y de intención que supera hasta a la del asnal periodismo. Dos elementos entran siempre en la composición del horrible bodrio diario del teatro y del cine. Id al primer cine o al primer teatro que encontréis en Buenos Aires, y veréis cómo, en el insulso plato que os sirven, nunca falta uno de estos dos ingredientes: o el sentimentalismo baboso, el romance barato, enemigo de la verdadera poesía, o el pornografismo más tonto y soez. Las dos cosas — sentimentalismo y pornografía — son malas, pero

puesto a escoger, yo escogería lo último, que, digan lo que digan las almas ingenuas, es menos degradante y corruptor que lo primero.

En el cine es donde encontramos a toneladas la baba sentimental infecciosa de que hablo. Allí es donde crece y florece a sus anchas todo ese lodo humano — amor exaltado y enfermizo, y unilateral, y primitivo, de él a ella y de ella a él, celos estúpidos de asesino, hombría de bien negativa y ruin, consistente en devolverle el reloj al principal (millonario) o salvarle la hija de un fuego (para casarse con ella al final), héroes que han de ser siempre buenos mozos y excelentes boxeadores para ganar su pleito a bofetadas, truhanería cicatera e hipócrita en los buenos y maldad torpe y ciega en los malos, recompensa bien jugosa para aquéllos y palos y golpes y presidio de una crueldad feroz para los malos — todo ese lodo humano, digo, que nos emporca el corazón. Ese mundo que vemos allí, en el cine, no es, como dicen muchos, irreal, fantástico. No; es real. Es, por desgracia, el mismo mundito mezquino, hipócrita y helado, de todos los días, Su mal no está en ser una mala copia, sino en ser sólo una copia. Su mal está en que es convencional, convencional como la vida que hacemos, la vida que nos permite vivir el vientre de ballena éste que llamamos civilización. Es esta misma vida nuestra sin luz, sin espontaneidad, sin bondad, sin verdad, sin pan y sin amor... pero idealizada, retocada y adobada hasta parecer buena y hacernos conformes — y hasta contentos y orgullosos — con ella. Y ahí está el mal, precisamente; ahí está el veneno. Cuando toda la esperanza del mundo radica en que nos hagamos mejores, en que cambiemos, en que ascendamos hacia un plano más alto de pensamiento y sentimiento, cambio imposible mientras sigamos con-

formes con la moral mercenaria y roñosa (él y ella, tuyo y mío, golpe por golpe) en que estamos encharcados desde hace siglos, la labor del cine, que pone, ante la gran masa social donde están los niños junto a los viejos, como bellos modelos a imitar, los ejemplares más típicos de la psicología de muñecos engendradora por la tosca moral consuetudinaria, no puede menos que resultar tan perniciosa como la más contagiosa y fulminante de las plagas.

Y si del cine vamos al teatro, peor. Peor, porque en el cine, al menos, se ve y no se oye. El cine nos da figuras; el teatro nos da figuras y palabras. ¡Y qué palabras! Id al teatro argentino, al teatro popular por excelencia, y veréis. Veréis los instintos más bajos y plebeyos de la bestia sometidos a un halago sistemático que da náuseas. Veréis la matonería hecha norma, el caló hecho elegancia, la hembra de arrabal, que sólo tiene sexo, hecha heroína, y, sobre todo, veréis... ¡veréis, horror, el chiste mal sonante y mal oliente, ruin y maligno y tonto, convertido en la suprema finalidad artística del *laureado*, del *aplaudido* y enriquecido autor!

Pero, — diréis, — ¿y qué van a hacer los pobrecitos autores, si no servirle al público el plato único que es del gusto del público? Y yo os replico en seguida que no estoy ahora haciendo la crítica de los autores, sino exponiendo un hecho; el hecho de la horrorosa deformidad artística y moral del teatro popular argentino. ¿Que los autores hacen bien de optar, entre ser ricos pronto y morir de hambre lentamente, por ser ricos, y confeccionar el asqueroso bodrio al gusto popular, y mandar el arte y todo lo demás a paseo? Claro que sí. ¿Hay delito mayor que el de ser pobres dentro de este sistema social? Pero... ¿Y si no fuera ese el caso? ¿Y si en lugar de ser el vulgo necio lo que hace a la obra necia fuese la obra necia lo que hace al vulgo necio? El vulgo no es nunca tan espeso como parece. Prueba de que no lo es, la tenemos en que cuando, en lugar de la fábrica de chistes pedestres del género chico en España (y aquí, como dondequiera que se hable español, estamos en España), surgió la fina gracia, arrebolada de bondad y de poesía, de los Quintero, el vulgo se salió inmediatamente del muladar de la chistografía barata y acudió, atropellándose, a deleitarse con la producción de los Quintero. Y si de este plano de gracia epidérmica se le hubiera querido elevar hasta el humorismo hondo y certero de los France y los Shaw, hasta allá, hasta ese altísimo nivel habría subido la misteriosa sed de sol que hace del mero vulgo el consagrador primero y eterno de los grandes, de los renovadores, hostilizados siempre por los sabihondos de la técnica y la crítica.

Lo que pasa es que es más fácil dar toneladas de basura, de fétido estiércol mental del que hoy se nos sirve, que un solo relámpago de virginal y genuina espiritualidad.

Y si salimos del teatro populachero y nos vamos al grande, al serio... Alto ahí, señora (hablo con mi pluma), ¡alto ahí! que ya para sermón es bastante. Despidase sin chistar en seguida, y que queden las cosas así hasta el próximo número.

DON ENRIQUE LARRETA

Un prólogo que vale un Potosí

«De todo aquel ardiente rumor, de todo aquel fuego sonoro no queda más, harto bien se me alcanza...»

¿De quién son estas palabras tan ordenaditas, escogiditas y castizas? ¿De quién es ese magnífico *harto bien se me alcanza*?

De un pedante — diréis, — de un pedante cualquiera, de *aquende* o *allende* los mares, de esos que padecen la inocente monomanía del decir castizo, de imitar en todo cuanto dicen o escriben la forma de expresión que usaron los clásicos, esto es, los Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Cervantes, y demás apollillados tatarabuelos nuestros, más o menos ilustres.

Pues bien, sí; se trata de un pedante. ¿Quién no lo echa de ver en seguida en ese *ardiente rumor*, y ese *harto bien se me alcanza*? Pero no os vayáis a figurar que se trata de un pedante cualquiera, de tres al cuarto, de los que aún abundan tanto en nuestros trigos americanos. No, señor. Se trata del rey de los pedantes argentinos, del más mimado, y más rico y glorioso, de los escritores de este país; se trata de la reputación más resonante de que hay memoria en todo el continente hispano-americano: se trata, en fin (descúbrase, lector; haga el favor) del excelso, del rutilante, del divino Enrique Larreta. Al conjuro de este nombre, ¿no os hiere en los ojos el resplandor sublime de «La gloria de don Ramiro?»

¡Oh, augusto privilegio del que posee una pluma por insignificante que sea! Yo, un infeliz don Nadie, venido al mundo en un rincón de Puerto Rico, puedo hoy — Domingo 24 de Abril de 1921 — disfrutar de la honra de hablaros un poquito de esta figura insigne cuyo libro «Historiales», me cayó en las manos ayer noche, por un feliz azar.

Es un hallazgo, un hallazgo monumental el de este libro. Con decir que estoy desde anoche detenido en el prólogo, he dicho ya bastante. No es que sea largo el prólogo. No tiene más que dos páginas y media. Es que me ha refrescado el alma con un goce infantil. Porque hay cosas tontas, pesadamente tontas, que sublevan. Pero ésta, no; la tontería de este prólogo es otra tontería. Esta no subleva. Esta es sana y le refresca a uno como agua de manantial bebida en lo más alto de un monte. Es como una salida de Gedeón, o como una ristra de refranes de Sancho Panza. Oid, y veréis.

«De todo aquel ardiente rumor, de todo aquel fuego sonoro no queda más, harto bien se me alcanza, no queda hoy más que una vana ceniza, a punto de perderse del todo y para siempre si mis propias manos piadosas, vanidosas»...

¿Qué bonito, no? Eso de la *vana ceniza*, y lo de *a punto de perderse del todo y para siempre si mis manos piadosas, vanidosas*... Y luego ese pararse en seco al llegar a *vanidosas*, dejando el sentido en suspenso y al lector preguntándose: ¿Pero qué le pasa a este hombre?

¿Qué le pasa? Veréis. Pasemos al período siguiente:

«¡Cuánto inútil afán, cuánta burlesca desilusión! Y, sin embargo, si las mismas ocasiones se presentasen de nuevo yo volviera, de fijo, a soñar del mismo modo y a calzar la espuela y a abrazar la adarga y a enristrar el lanzón, con igual ardimiento».

¿Dónde y a qué precio, lector, te pregunto yo ahora, encontrar nada tan deliciosamente cómico como el énfasis y la sonoridad y la arrogancia de estas frases, que dan la impresión de un Cid o de un Napoleón caído, de un infatigable y formidable luchador sobre el que acaba de soplar un viento de tormenta sin lograr abatirlo... cuando se trata, pura y simplemente, de un plácido señor de vida tan holgada y regalona, que en un solo libro, «La gloria de don Ramiro», pudo invertir, según me dicen, la bicoca de siete u ocho años? ¿No vale un Potosí, lector, el tropezarse a estas horas, en estos momentos tan serios, tan terriblemente serios, con un caso como este que os pone ante los ojos la inverosímil figura de un hombre de alma tan virginal, tan remota, tan niña, que le permite hablar, no sólo en serio, sino en solemne, de volver a calzar la espuela y a abrazar la adarga, siendo así que en su vida — de alfombra, de diván, de hamaca, de muelle y aristocrático buen comer y mejor dormir—le ha dado nunca que sentir a una mosca? ¿Imagináos una lagunita hablándonos del *atropellado y vertiginoso correr de sus aguas*, como si fuera una catarata, o a San Francisco, escupiendo por el colmillo como un Pepe el Tranquilo!

Pero... qué lástima que por falta de espacio haya que saltar otras cosas no menos saladas, para irnos al final. Menos mal que este final es estupendo. Atención:

«No te espantes, lector, si al terminar este breve prefacio no pido excusas por el desaliñado traje de mis discursos y declaro, según vieja costumbre, que fueron todos compuestos desdeñando atavíos y al correr de la pluma. ¡Ah! eso no. Lenguajero nació...

¡Cómo! ¿Lenguajero? Pero si esa palabra no está en el diccionario y el señor Larreta es un purista. ¡Lenguajero!... ¡Jesús! ¡qué palabra tan fea! Pero... adelante.

«Lenguajero nació. Hijos son (los discursos del señor Larreta) del orgullo y del esfuerzo. (¡Ole!) No hay, por otra parte, género literario, ni más embarazoso, ni más arriesgado (ni más insípido e idiota, agregó yo). Dícelo, me parece, la diaria experiencia. Algunas de estas oraciones (que duermen a uno de pie, de puro huecas, señor Larreta), me dieron tanto trabajo como los más recios capítulos de ese libro (preparate, lector, que aquí viene el disloque), de ese libro («La gloria de don Ramiro»: una lata insufrible en que no hay más que mera lengüajería, sin ideas ni emoción) que ha de ser para mi patria corona duradera y suave, si para mí de espinas».

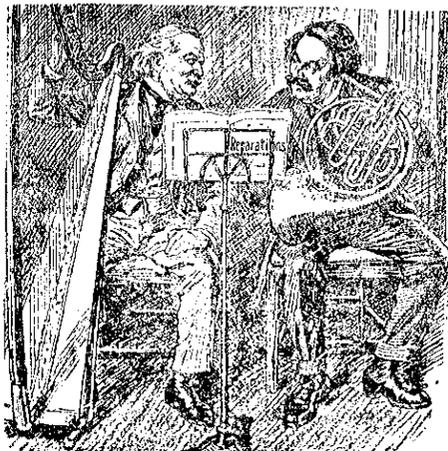
¡Ah! mi señor don Enrique Larreta. ¡Qué inagotable surtidor de gracia es usted! Desde anoche, en que me dormí paladeando sibaríticamente su prólogo, me estoy preguntando sin cesar si será verdad que es usted una persona de carne y hueso, o sólo un ente imaginario inventado por algún formidable bromista argentino. Pero, si es usted un ser

real, de carne y hueso, dígame por favor: ¿cómo demonios se las arregla usted para tomarse en serio a sí mismo? ¿Cómo demonios no revienta usted de risa ante sus propias ocurrencias? ¡Miren que llamarse a sí mismo, sin miedo y sin pudor, lengüajero! Lengüajero, esto es, papa moscas del lengüaje, ebanista del estilo, hombre sin ocupación ni preocupación que se entretiene en ensartar palabras como quien ensarta cuentas para hacerse un collar. Y todo eso, toda esa tamaña confesión de que no se tiene en el cuerpo ni un simple calorcillo de piedad, de simpatía, de solidaridad para con el mundo atormentado en que se vive (porque si se tuviera ese calorcillo no habría cachaza ni humor para la obra trivial del coquetón pulir y más pulir la frase), todo eso confesado, no sólo tranquilamente, sino arrogantemente. Tan arrogantemente, que a pesar del aire de mosquita muerta que se da al principio, la satisfacción y el orgullo de sí mismo que le bailan en el cuerpo al hombre son tan grandes, que estallan al fin, estrepitosamente, en la declaración napoleónica de que ha dado a la patria, en su libro, *corona duradera y suave, si para mí de espinas*. No hablarían de sí mismos con mayor aplomo ni un Homero ni un Shakespeare.

Y luego... ¡ese sin par *si para mí*, tan graciosamente, tan divinamente típico de la pintoresca familia de los pavos reales del estilo, por otro nombre lengüajeros!

Concluyo preguntando, con frase del fenómeno: «¿hubo nunca en esta menguada vida, en este ruín mesón de caminantes, do tan de prisa paramos»... nada tan merecedor como este insigne prólogo de una banda de música, y luces de Bengala y cohetes? Triste ¡ay! es acabar, pero *harto se me alcanza* que todo tiene fin en este mundo *do tan de prisa caminamos*.

LA CARICATURA MUNDIAL.



Dúo de «Premiers»

EL HARPISTA. — No toque esta melopea demasiado aprisa, colega.

EL CORNETIN FRANCÉS. — Bien, sí, pero tampoco vaya usted demasiado «moderato», amigo. — (De Punch, Londres).

Política Educativa

Por JULIO R. BARCOS

LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE LA PLATA. — ¡TODO EL MUNDO A LA CARCEL!

El Consejo Superior Universitario de La Plata acaba de obtener una victoria digna de la envergadura moral que caracteriza a sus miembros. Es verdad que estos señores no pueden repetir, como el ex-presidente doctor Melo, la consagrada frase caballeresca del «Todo se ha perdido menos el honor».

En este caso todo se ha salvado: la disciplina formal y automática de la antigua pedagogía, las miserias del odio personal, la deslealtad y los celos del grupito de reaccionarios que preside desde hoy los destinos de aquella Universidad, contra el único hombre que tomó en serio, con ejemplar integridad de carácter y singulares prendas intelectuales de verdadero apóstol de la educación sin dogmas, la única obra grande que desde Sarmiento a esta parte se ha intentado realizar en pro de la evolución cultural del país: la Reforma Educativa, iniciada y conquistada por el simpático esfuerzo de los jóvenes estudiantes, y difamada, combatida y traicionada desde su comienzo por los vetustos profesores que no supieron o no pudieron librarse del anquilosamiento mental producido por quince o veinte o más años de rutina. Todo lo viejo, todo lo que pertenecía al violado sarcófago del antiguo sistema, ha sido salvado del incendio; sólo una cosa se ha hundido para siempre ante la opinión consecuente y honrada del país que acompaña con su simpatía la obra de los invasores, y es, precisamente, lo que supo salvar el doctor Melo con su renuncia: el honor; no el mundano y teatral honor de los caballeros de capa y espada, sino el honor del maestro que pretende asumir el papel de mentor de la juventud después de haber perdido totalmente su autoridad moral ante ella.

No es para vanagloriarse el fácil triunfo que momentáneamente han obtenido las autoridades sin autoridad moral de la Universidad platense, apelando al machete policial para reducir al alumnado rebelde, hoy encarcelado, procesado y castigado como delincuentes comunes, por el hecho de tener lo que no tienen sus profesores: noble desinterés y varonil carácter. Pero no hay que ilusionarse mucho, señores consejeros. La violencia como recurso desesperado para imponer un respeto de cuartel prusiano en los colegios nacionales de hoy, puede ser muy peligrosa para quienes creen todavía que lo que no se obtiene por la simpatía se puede obtener por el garrote.

Malo, malo, señores consejeros, cuando os conformáis con poseer la razón de la fuerza después de haber perdido la fuerza de la razón, la única

que puede ser usada en la escuela libre destinada a formar hombres libres para un país que blasona enfáticamente en sus himnos patrios de Libertad, Libertad, Libertad.

Esta reflexión podemos extenderla al juecesito ese, que ávido de cortar el mal por la raíz, pide cual nuevo Herodes, la degollina total de inocentes. Domine, señor ministro de la ley, sus terribles impulsos de invadir fueros espirituales de la humanidad, del porvenir que no le pertenece, que usted no comprende, que a usted no le es dado comprender, porque una cosa es el debate científico del problema educativo y otra cosa los asuntos jurídicos de su incumbencia. ¿Cómo quiere usted, señor, que llamemos al cura donde nos hace falta el médico; o al juez donde hace falta el pedagogo?

¿De dónde le nace a usted ese afán tremendo de querer meter en la cárcel a todo el mundo inclusive los que predicamos la necesidad quirúrgica de la reforma educativa, no ya en la universidad, sino en todos los establecimientos de enseñanza de la República, donde lo han embrutecido a usted y le embrutecen actualmente a su hijo (le hacemos la deferencia de suponerlo antes que juez, padre) y no contento con eso, con meternos en la cárcel a todos los agitadores de la reforma (tendrá usted que internarnos en un gran campamento de guerra, porque somos muchos), quiere también procesar a los padres de aquellos jovencitos por el delito de no haber engendrado maricas, sino hijos machos? ¡Hombre, hombre!...

Oigan ustedes un consejo honrado, señores partidarios del garrote: — el palo hiere pero no convence; el látigo subordina a la fiera por el miedo hasta que un día la fiera se come al domador.

Las rebeldías del espíritu no se matan con prisiones, ni con ningún otro sistema de vejámenes, de la misma manera que no se apagan los incendios con petróleo.

Quieren ustedes sinceramente, honradamente, acabar con la anarquía que reina en el Colegio Nacional de La Plata? Pues, amigos, sean ustedes hombres de bien: váyanse de la casa: ustedes con sus intrigas y sus confabulaciones y sus apetitos y sus politiquerías, son los únicos perturbadores y anarquizadores de la enseñanza, porque son los únicos que impiden el ensayo pacífico y armonioso del nuevo sistema que hace del alumno en vez de un muñeco con cuerda, un colaborador consciente y autónomo de la pequeña república universitaria.

NUESTROS ESCRIBAS Y NUESTRA REFORMA EDUCACIONAL

El misonerismo se defiende de todo lo que sea innovación por boca de los escribas y los levitas más conspicuos e ilustrados de este moribundo orden social del cual son padrinos y albaceas.

Un obispo que pronuncia desde su púlpito sacrosantas palabras de admonición contra el desbordamiento de las ideas avanzadas en el mundo, ante un incondicional rebaño de almas de que él es pastor absoluto; o un intelectual conservador que se desfoga ante un público conservador, anatemizando el movimiento estudiantil que ha traído consigo la reforma del régimen universitario al país, producen el mismo efecto del abanico eléctrico que agitando el aire mefítico de un cuarto cerrado, establece corrientes de frescura sin renovar la envenenada atmósfera que respiran quienes se hallan dentro de dicho encierro. Convencer a las beatas de que todo nuevo evangelio de vida intensa y fecunda es pecado mortal; o convencer a los trogloditas del pensamiento llamados liberales o conservadores, de que todo golpe de muerte asestado a la rutina es locura criminal, es convencer a los convencidos; es ilusionarse de que con tales exorcismos se ha espantado ya al espíritu maligno de la rebeldía intelectual que anda trastrocando los viejos trastos por el mundo.

Es interesante y sugestivo, sin embargo, observar el enorme esfuerzo que realizan las inteligencias ultra-reaccionarias del país contra la creciente mentalidad revolucionaria de las masas y la juventud argentina.

Veza pasada (hace unos cinco años) los grandes rotativos (órganos auténticos del patriciado y la clerigalla) publicaban en lugar preferente, a grandes títulos, como asuntos de sensacional importancia, crónica de los famosos sermones con que monseñor D'Andrea se despachaba a su gusto contra el socialismo, sin distingos de rojo o amarillo.

¡Qué elocuente era este aristócrata y perfumado monseñor, especie de Chanteclair eclesiástico de nuestra catedral metropolitana, cuajada entonces de lo más bello y elegante que hay en nuestro gran mundo femenino! ¡Cómo vibraba de entusiasmo y de fe aquel auditorio ateo de sacristía, cuando el príncipe de la iglesia de Cristo mandaba a las llamas eternas del infierno a los réprobos que propagan las teorías perniciosas del igualitarismo social.

Otro tanto ocurre cada vez que uno de nuestros talentos reaccionarios sale a la tribuna para pintar al león con los terribles colores con que les gusta pintarlo.

En la Facultad de Ingeniería, verbigracia, ha inaugurado el ciclo de conferencias del año, otro monseñor D'Andrea de nuestro academismo, el ingeniero Enrique Butty, vicedecano de la Facultad de Ciencias Exactas, quien se ha despachado con un bonito sermón muy ingenioso contra el hecho consumado de la Reforma Universitaria.

La prensa barrigona lo comenta y lo aplaude, y cuando la prensa barrigona dispensa los hono-

res de su aplauso, ya se sabe que quien bate palmas detrás de ella es nuestra clase rica y reaccionaria que maneja los destinos de la nación.

¿Qué argumentos serios, dignos de un académico, de un pedagogo o un sociólogo, ha empleado el orador para ilustrar científica y honradamente la opinión del público que lo escuchaba, acerca de una cuestión tan fundamental como esta de las normas adecuadas o inadecuadas que empleamos o deberíamos emplear para irradiar sobre todas las capas sociales los beneficios de la cultura?

Por el resumen sintético que nos ofrecen los grandes rotativos, veréis que ninguno.

Dice «La Prensa»:

«Sirviéndose de símbolos y parábolas, presentados en estilo galano, el orador bosquejó el cuadro de las actuales inquietudes — así denomina hoy el eufemismo a la indisciplina y al «sovietismo» — universitarias.

«Describió una galería de madres, destacando en cada tipo el rasgo característico y buscando en los claustros de la enseñanza superior el símil correlativo. Así desfilaron ante el auditorio que llenaba la sala, y que seguía la palabra del ingeniero Butty con vivo interés, las figuras bien definidas de «La madre buena que es mala», «La madre mala que es buena», «La madre que no es madre», y otras. Y, correspondientemente a cada una de esas creaciones imaginarias, las entidades reales que en los claustros universitarios se les parecen, a saber: los profesores que no gastan complacencias dañosas con los alumnos, que no les consienten desviaciones de la senda del deber, que aprecian con justicia su trabajo al mismo tiempo que tratan con severidad la holgazanería; los que, por el contrario, tienen para los jóvenes tolerancias excesivas, aspiran a ganar popularidad entre ellos, extremando la benevolencia, y los impulsan a avanzar hasta el término de la carrera, a pesar de la insuficiencia de sus conocimientos; los «celestinos», esto es, los corruptores, los que halagan las pasiones juveniles y excitan sus vehemencias para hacer de ellas pedestal de ambiciones temerarias, y de incapacidades impotentes; los «profesores que no son profesores», o sea, los indiferentes, los egoístas, los que dan a sus cátedras el mínimo de energía y de entusiasmo, los «vidvidores».

«A propósito de la intervención estudiantil en el gobierno de las universidades, el ingeniero Butty encontró felices oportunidades en el curso de su exposición para poner de manifiesto el trastrueque de valores que se operaba, sintetizando su pensamiento en estos términos: los profesores, por ser tales, enseñan y gobiernan con afecto; los alumnos, pues que lo son, aprenden y obedecen con respeto. Por sobre las alegorías, las aparentes paradojas y las parábolas, se destacó en la conferencia una valiente, honda y certera doctrina de ética universitaria».

No somos de los que creen que se puede ensayar transformaciones más o menos radicales con

un éxito fulminante. La ponzoña acumulada por el viejo régimen universitario, a base de aparcerías y favoritismos políticos, la eterna lacra de inmoralidad y degradación que gangrena todos los órganos oficiales del Estado, tenía que infectar, como es natural, en gran parte, al nuevo sistema. No se puede hacer obra de salud con lo averiado y lo enfermo. Detrás de la Reforma debió venir una renovación completa de individuos, aislando a los elementos adictos del viejo régimen y jubilando con una fiesta apoteósica a los venerables fósiles del profesorado como reliquias de una civilización que se extingue frente al nacimiento de un nuevo mundo.

Pero se cometió el error grave de seguir confiando en la colaboración de tales elementos, y estos anarquizaron el nuevo régimen con esa habilidad conspiradora de excelentes politiqueros criollos que los caracteriza. No los calificaremos

de traidores (no obstante su palabra empeñada de que se adaptarían al nuevo método de gobierno universitario), pues creemos sinceramente que dichos caballeros han sido consecuentes con sus ideas conservadoras, que pudieron dejar detrás de la puerta por un momento, pero que lo hicieron con la esperanza de reconquistar su absoluto predominio en la dirección de las universidades.

El tiempo dirá de quien es la victoria.

Está bien que el ingeniero Butty diga todas esas triviales zarandajas que estamos cansados de oír en boca del ignoratón y retrógrado maestrillo de escuela, pero, por favor, señor, no nos hable usted de ética universitaria, mientras sean dichos establecimientos la cueva de los buhos y los murciélagos del troglodismo intelectual, de la que, en un momento de sabia inspiración, los muchachos todavía pudieran sacarlos a escobazos.

¿HAY QUE FORMAR EL CARACTER, VERDAD?

«¡Es necesario educar el carácter del niño!».

He aquí una frase hueca y sonora como un cascabel de hoja de lata, que estamos hartos de oír en boca de ese esclavo esclavizador de conciencias que se llama el maestro de escuela.

Pero, ¿podemos dar a los otros lo que nosotros no poseemos?

¿Qué sabe usted de las virtudes cardinales del carácter, hombre y mujer sin carácter hechos al látigo de las autoridades escolares?

¿Cree usted que una mula podría formar el carácter de un cachorro de león?

No, desde luego. Una mula podrá educar a otra mula, por aquello de que todo lo que se hace sale a imagen y semejanza de su autor.

Con esta frasecita tan linda de «educar el carácter», las autoridades escolares nacionales y provinciales (no en todas las provincias, afortunadamente) llevan de las orejas al dócil y sumiso maestrillo a jurar ante sus alumnos por la bandera que serán buenos patriotas. Con igual procedimiento son incesantemente picaneados por las resoluciones de sus jefes, las reprimendas de sus directores e inspectores, para obligarlos a cumplir su «noble apostolado» de formar el carácter de la niñez.

Pero cuando entre tanto gallináceo de la obediencia incondicional y claudicante surge por casualidad un tipo que se destaque del rebaño, precisamente por su firmeza de carácter para defender del autocratismo de los jefes los inviolables fueros de su conciencia, repudiando la librea de los dogmatismos oficiales, entonces, a la calle los rebeldes; la excomunión, la expulsión, el hambre y la miseria para ellos.

Así se ha ido haciendo una criminal selección a la inversa dentro del magisterio argentino, lo mismo en la Capital Federal que en las provincias, eliminándose los mejores elementos y servilizando, degradando sistemáticamente a los restantes, hasta hacer del gremio de educadores pri-

marios la masa más gelatinosa, más doméstica, más retrógrada y más inconsciente, aún comparada con la más conservadora de nuestras organizaciones proletarias.

No hay más que consignar los hechos, para demostrar que no lo calumniamos.

No hay un gremio que no haya impuesto a sus patrones mejoras de salario, de trato y de condiciones higiénicas para trabajar.

Sólo los infelices y resignados maestros de escuela, saben soportar, como los dromedarios del desierto, la sed y el hambre, el rigor y la inclemencia de sus amos. Actualmente hay provincias que les adeudan diez, doce y quince meses de sueldos.

¡Y es a estos pobres infelices a quienes se les exige el juramento del voto profesional!

Y si hay un puñado de individuos con sangre en las venas y un noble fuego de rebeldía en el pecho, que se subleve contra esta comedia burda y cruel del nacionalismo a palos, entonces... ¡fuera, a la calle, a muerte con ellos!

Esa es la hidalga, la valiente, la patriótica actitud que acaba de asumir el Consejo de Educación de Mendoza contra los maestros que han exteriorizado sus ideas internacionalistas desde las columnas del periódico gremial «La Palanca». El Consejo ha hecho lo de siempre: poner a dichos maestros en el dilema de retractarse o ratificarse en sus opiniones.

Ya se sabía lo que iba a pasar.

La mayoría optó por conservar el puesto. ¡Qué se iba a hacer, si ese es el precio que impone el amo al pan de la mujer que se vende o del hambre que se alquila en nuestra piadosa sociedad cristiana?

Los que se retractaron están nuevamente en el aula formando el carácter y la virtud moral de los niños. Y los que tuvieron dignidad y vergüenza... no podrán continuar enseñando en las

escuelas públicas. Bien constatado queda, con este hecho y diez mil más por el estilo, que el Estado es el peor enemigo de la educación y que su misión no es otra que la de mantener a toda costa el dominio de las oligarquías dictatoriales que sirven todavía de sostén al actual orden capitalista.

Entre las víctimas de esta mazorcada patrioterica, figuran dos maestros que son honra de su sexo y honra de la intelectualidad argentina al

mismo tiempo. Nos referimos a las señoritas Fosatti y Angélica Mendoza.

En cualquier país culto del planeta estas dos singulares mujeres de ilustración y de espíritu, verdaderas profesoras de energía y de idealismo, serían joyas reverenciadas y estimadas por la comunidad. Entre nosotros, raza de romancescos trovadores, les aplicamos tranquilamente la ley del canibalismo. ¡Somos todavía los salvajes de South-América!

CONTESTACION A UNA ENCUESTA FEMENINA

No todas las mujeres de «la buena sociedad» han de tener siempre un cerebro de gallina para contemplar los problemas humanos de la época.

Cada día hay entre nosotros mayor número de inteligentes mujeres que despiertan espiritualmente a los nobles llamados de la cultura moderna, rescatando su personalidad al rescatar la facultad de discernir, juzgar, querer y pensar por cuenta propia.

Esa impresión hemos recibido de la contestación lacónica pero sabrosa y sustanciosa que la señora Juana Ukrainetz de Guerrero ha dado en su calidad de educadora y de madre a la Asociación Pro Filantropía y Cultura, de La Plata, de que es presidente doña Julia Casal de Espeche.

He aquí los términos de dicha encuesta.

1.º Opina usted que la mujer argentina debe llevar su voto a las urnas electorales o piensa que «hoy sólo le corresponde influir sensatamente» en las decisiones políticas del hermano, esposo o hijo?

—Creo que la mujer (argentina o extranjera) debe aspirar con vehemencia hasta que se realicen todas las conquistas positivas que el hombre o mujer, de éste o cualquier país, haya ideado o realizado, bien sea del punto de vista de los valores personales como de los colectivos.

El hombre, varón o mujer, que así no lo entiende, creo que es un valor negativo para el progreso de la humanidad.

2.º ¿Cree usted transitoria o que continuará la actual efervescencia estudiantil?

—Creo que el gesto estudiantil es apenas la flor de un fruto que llegará. El se debe por entero al sublime martirio de los que quemaron su alma en el ideal antes que podriría en los apetitos materiales. Y como el ideal es eterno, eterna será la aspiración y la mudanza.

Los que se detienen se fosilizan y los fósiles son sólo dignos, si valen, de figurar en los museos de antigüedades, pero deben apartarse del camino para que no estorben a los que vienen en marcha ascendente hacia la perfección humana.

3.º Qué medidas inmediatas podrían adoptar en conjunto los padres en pro de los hijos tranquilos y estudiosos?

—Ninguna.

Sólo deben consolarse llorando la amarga realidad de haber gestado hijos neutros.

JUANITA U. DE GUERRERO.

DE NUESTRAS LECTURAS

La visión que tienen de la Revolución

Rusa los intelectuales provincialistas

No hemos resistido a la tentación de ofrecer a nuestros lectores cosa tan interesante como la manera en que nuestros intelectuales argentinos se han ido asomando al gran drama universal de la Revolución Rusa.

Por las opiniones que a continuación transcribimos, podrá verse la ventanita que cada uno de nuestros mentores usa para mirar tales acontecimientos. Veamos:

Es que «en Rusia no había clase media»

No olvidemos, también, que en Rusia no había en realidad clase media: en la cima de la organización estaban

la aristocracia y el zar, y desde allí había que saltar hasta la base, donde no había sino un proletariado inferior y agobiado, en las ciudades, y una plebe ignorante o miserable en las campañas.

¿Cómo podía organizarse un gobierno medio o democrático en semejante país? De ahí que derribada la autocracia zarista tuvo que organizarse una autocracia de plebe, que es la que hoy gobierna en Rusia, con arbitrios violentos y primarios, sacrificando todo a la posesión del poder para realizar tiránicamente la gran subversión en que está empeñada.

Por otra parte, estos hábitos de violencia y tendencias extremistas han formado la esencia de las tradiciones de los regímenes de opresión y de resistencia, que han existido y actuado en ese país. Tales métodos de lucha y de concepciones políticas que alimentaron y movieron la tenaz resistencia que inspiraron siempre al anarquismo eslavó, desde el nihilismo hasta el leninismo.

Sería exótico implantarlo aquí

Es, en muchos de sus caracteres, el régimen ruso un régimen propio y peculiar de tal país y que jamás podrá adoptarlo o integralmente ejecutarlo ninguna nación de un tipo mental diverso del eslavo y por tanto de una cultura superior. Muchas de las modalidades del maximalismo ruso son derivadas e impuestas por la lucha y para la lucha y son por consiguiente transitorias.

Y antes de terminar, contestaré a ese diario, que no hay nada menos propicio, ni de implantación más exótica ni más opuesto a la constitución, a las bases históricas de la nación, nada más contra natura y extraño en este ambiente argentino, de democracia abierta, sin clases, ni castas, ni prejuicios de razas, ni de religión, que las doctrinas y elementos maximalistas, que pretenden penetrar en el ala izquierda del socialismo criollo, y que, por todas las consideraciones expuestas y otras que caílo, en esta rapidísima exposición, es una tendencia solamente fomentada y sustentada por masa y espíritu extranjero, suscitado por la inmigración cosmopolita revolucionaria y contraria, por eso mismo, a las tradiciones y a los programas de los partidos nacionalistas.

Lúcas Ayarragaray.

Al principio creí, pero después...

La esperada, la anunciada, la temida revolución económica — que el invento de las máquinas, lejos de conjurar, ha agravado, — parecía comenzar al fin por el lado donde el látigo y la gleba y la humillación del hombre por el hombre preponderaran mayormente. Y con efecto: el resplandor del incendio hizo creer en un momento dado que las llamas se extenderían por el mundo.

Yo asistí a la conferencia de mi amigo el doctor José Ingenieros, y allí me ilustré con su especial información y su dialéctica talentosa.

Decía que asigné en el primer momento a la revolución de Rusia una magnitud y trascendencia que no ha tenido, que hoy no tiene. El movimiento se concentró por parte de las naciones europeas y de Estados Unidos; hubo un visible empeño en que ese fuego no saliera de la entraña.

La humanidad no está aun madura

La humanidad no está aún preparada para la revolución económica que la imaginación presume y espera. Los gobiernos y el capital tienen aún el cetro.

Pero, a nadie le es dado afirmar que el capital, los gobiernos, la iglesia, las «clases altas» que han sucedido a la nobleza, la burguesía y el ejército, sean las mismas entidades que diez años atrás. Todas han sentido en sus raíces la conmoción de esta contraoscilación inmensa, como venida del pasado y que no es más que la secular lucha de la «foule» y de la «élite» para usar los términos de Izoulet.

Nosotros somos el campo neutral del globo

«Informaciones imparciales me han convencido de que existen en Rusia cosas que deben servirnos de ejemplo».

En cuanto a nosotros, estamos preparados para cualquiera evolución de la libertad, no sólo porque de libertad estamos hechos, sino porque la falta de homogeneidad en nuestra composición étnica nos ha permitido venir a ser el campo neutral del globo. Faltos de tradiciones, de prejuicios, de ancestrales gravitaciones, no tenemos más que amor. Nuestra política exterior, tan diestramente manejada por el gobierno actual, nos pone mucho más cerca de lo que pudiera creerse de toda conquista que convenga a los grandes sueños de la criatura humana.

David Peña.

El bolshevismo será pasajero

El «bolchevismo» será pasajero en Rusia como lo fué Cronwell en Inglaterra y Robespierre en Francia. Al maximalismo de la primera hora, durante el cual los campesinos y los obreros se distribuyeron las tierras de los nobles, las fábricas de los patronos y aceptaron un al-

férez para ministro de guerra, ha sucedido el «menchevismo» o «el no puedo menos» necesario para conducir la revolución rusa hacia la democracia constitucional, ya inmediata. Ese «no puedo menos» o reactivo de la autoridad hacia el orden institucional, se manifiesta en forma de dictadura oficinesca para contener los desmanes de los facinerosos y las demasías de los energúmenos, así como para defender lo que tenga de vital la revolución rusa.

Nadie ha podido constatar la eficacia de la constitución de los «soviets» rusos. Hemos leído la estructura de la representación soviética, para la cual sólo votan los proletarios y están excluidos los burgueses, así llamados los rusos respetables durante la época zarista; y como éstos eran y son en Rusia los únicos que saben leer, resulta que el electorado consciente está excluido de representación en los «soviets» por haber monopolizado el derecho electoral el proletariado ruso, es decir, el analfabeto.

¡Sí, señor; al estilo argentino... Así fué visto desde el principio por los que aquí sabemos sociología constitucional.

Es una especie de aristocracia oriental que reemplaza a la aristocracia europea. El pueblo no ha servido sino como bola colorada entre ese juego de carambolas, y, como es sabido, tan sólo las bolas blancas tienen valor en los tiros.

¡Qué lección de vida real a los «snobistas» del mundo entero, que, como las históricas, suspiraban por la llegada del malón que las hiciera pecar, ellas suspiran por el bolchevismo en el preciso instante que en el país de origen se da máquina atrás para encontrar la verdadera senda que conduzca la revolución hacia la democracia, al estilo argentino por ejemplo!

¡Sí! al estilo argentino, cuya constitución establece derechos sociales, limitados por la propia soberanía nacional y regulados por la autoridad representativa de la voluntad general.

Creo, pues, haber evidenciado que la revolución rusa es regional, con fines políticos, de carácter democrático y para establecer el régimen republicano-representativo-federal al estilo de la Constitución Argentina.

Cuanto queda dicho es más claro que la luz, y así fué visto desde el primer momento por todos los que aquí sabemos sociología constitucional.

Manuel Carlés.

La visión que tienen del mismo asunto los intelectuales del mundo

La única figura verdaderamente interesante en Europa es Lenin

El hecho básico en nuestra sociedad moderna en casi todos los países civilizados de hoy, es la existencia de una casta ladrona. Los ladrones deben ser tratados con gran respeto, porque siempre podemos aprender lecciones muy importantes de ellos.

En tanto que los hombres honrados se pasan la vida discutiendo acerca del mejor método para traer al mundo el millennium, la clase gobernante, de igual modo que una banda de escaladores al asaltar una caja, no pierde tiempo en seguirse apoderando por fuerza de lo que quiere.

En Rusia hay un partido que está haciendo progresos considerables en el sistema de echar por la ventana todas esas paparruchas de «democracia», «tolerancia» y otras semejantes, para no creer sino en la fuerza de una minoría enérgica.

El soldado ruso hizo una cosa muy excéntrica. Dejó de pelear, se fué a su casa y se apoderó de la tierra de su país. Esto, desde el punto de vista de la casta ladrona, fué la primera grande atrocidad.

Existe sólo un estadista verdaderamente interesante en Europa en el momento actual, y su nombre es Nicolás Lenine.

Lenine no estaba de acuerdo con la doctrina predicada

por los socialistas durante tantos años, de que estos grandes cambios sociales deben descansar en la voluntad del pueblo.

Lenín se convenció de que, llegado el momento de decidir entre la gente que creía en un sistema social que no es más que la organización del robo, y la gente que creía en otro sistema social, que era una minoría inteligente, no había más remedio que apelar a la guerra con todas las fuerzas de que se pudiese disponer.

Ahora dejadme exponer como los bolsheviks tratan a sus prisioneros: En lugar de cometer toda suerte de atrocidades, como se ha venido alegando, ellos los han tratado siempre con hospitalidad y humanidad, dándoles a leer folletos en que se da cuenta exacta de lo que los bolsheviks están haciendo.

Ellos reconocen que hay que llegar a la mente del pueblo, y lo que han estado haciendo con la mente de los prisioneros adultos, lo están haciendo también con los niños de Rusia. A los niños de Rusia se les está enseñando, desde que comienzan a deletrear, que no hay deshonra mayor en el mundo para toda persona, que el no ser un trabajador que produzca y pague así lo que consume de la comunidad.

Bernard Shaw

Lo que opina Azorín

Ni Francia ni España pueden negarse a tratar con Rusia; todos los gobiernos de Europa tendrán que tratar con Rusia. Ya ha comenzado a tratarse, en el terreno económico, con las sociedades cooperativas rusas, cooperativas que se iniciaron en 1865 y que cuentan hoy con veinticinco millones de adheridos. Pero el pueblo ruso protesta de esta limitación y pide que los tratos se extiendan leal y noblemente a la nación entera. Se dirá que la revolución rusa no es lo que fué la revolución francesa. Naturalmente! En eso estamos; de la misma manera que el siglo XVIII no es el siglo XX. La revolución francesa fué el triunfo de la burguesía y la revolución rusa el triunfo del proletariado; en eso estriba la diferencia. Un fenómeno social que se repite en la historia, se repite siempre con el matiz peculiar que le da el progreso humano. Poca enseñanza podría proporcionarnos la historia, si en la repetición de los fenómenos sociales quisiéramos ver una identidad absoluta y no añadiéramos las variantes que los tiempos imponen.

Azorín.

Un grupo de eminentes intelectuales franceses

Las ideas de «Claridad» rompen en cien puntos el horizonte. En todos los pueblos civilizados vibran por ellos

grupos menores, turbados a veces por el resplandor del alumbramiento, pero siempre animados por una misma grandiosa finalidad humana.

Ha sido «Claridad» la que, desde Inglaterra hasta el Japón y desde Suecia hasta Australia, ha impuesto a los gobiernos el levantamiento del bloqueo y el retiro de la intervención a la Rusia nueva, porque la mentira de los usureros no ha conseguido engañar a los pueblos acerca del gran experimento que se está realizando en el antiguo feudo de los zares.

Y el primer triunfo internacional de los nuevos ideales son esas tímidas negociaciones que inician el reconocimiento de un nuevo estado de espíritu, común a todos los que anhelan para sus hijos un mundo mejor. Por la amplitud de sus ideales no podrá convertirse en instrumento de ninguna camarilla, ni complicarse en los odios de ninguna facción. Ha nacido para acercar a los intelectuales que anhelan cooperar a la elaboración ideológica del Porvenir.

Todos los hombres libres tienen un puesto a su lado.

Anatole France, Henri Barbusse, Victor Cyril, Roland Dorgés, Georges Duhamel, Charles Gide, Henri Jacques, Laurent Tailhade, Raymond Lefebvre, Madeleine Marx, Carlos Richet, Séverine Steinlein, Vaillant-Couturier.

Lo que dice France: en una interview con el corresponsal del «Daily Herald»

«Estamos gobernados hoy por una innumerable legión de hombres de los que hicieron dinero con la guerra». «Los militaristas y los reaccionarios se volverán más y más arrogantes, más y más insensatos en su militarismo y su reacción, hasta que llegue el momento de que los frutos de la victoria les amarguen la boca. La voz de los millones muertos durante la guerra calla y no hay una lengua, salvo la de los comunistas, que hable por ellos».

Pero hay esperanza aún, y una luz brilla en el alma ardiente de los hombres. Anatole France vuelve sus viejos, pero todavía ávidos ojos hacia el Oriente, de donde viene la salvación. «Parecía no haber redención posible para el pueblo ruso durante la negra noche del zarismo. Una revolución, una revolución victoriosa, parecía imposible. Pero Rusia es un país donde las cosas imposibles acontecen, y los bolsheviks la realizaron. Todos los frutos de la Revolución de Rusia imagino que no podrán conquistarse mientras no ocurra una revolución mundial, pero al menos, ella es el comienzo del reinado del comunismo en el mundo».

Anatole France.

TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES

EL MATADOR DE DATO JUZGADO POR ALBERTO GHIRALDO

El Atentado

(De «Crítica», de Buenos Aires).

La muerte de Dato es sólo el resultado de una política nefasta.

Ésta vez, como en casos análogos de ofuscación represiva, a la violencia organizada de las alturas, ha respondido, trágicamente, la violencia desorganizada del llano.

No valen lamentaciones. Optemos nosotros por el análisis y la meditación.

Mateu, uno de los ejecutores de la terrible sentencia popular, ha dicho:

—No hemos muerto a Dato, sino al jefe de un Consejo de Ministros que autorizaba las persecuciones a mansalva contra nuestros compañeros. Una autoridad fuera de toda ley humana y escrita, se ha alzado en Barcelona con el santo y la limosna social, declarándose omnímoda y todopoderosa. Contra ella no hay razón, fuerza ni derecho. ¿Qué hacer frente al poder avasallador y tiránico que conculca libertades y destruye vidas?

Y es ante esta reflexión que surge, en el pensamiento del rebelde, la idea roja del atentado. En la noche triste, cuando la ciudad fabril duerme, aunque

inquieta siempre, él vela y piensa que un solo golpe dado en las cabezas de los que oprimen, hará caer a todos en la verdad de la injusticia. Ha aparecido el vengador.

En su mano no palpará la bomba que hace estremecer las calles y las plazas donde estalla, incendiando el aire, el cañón firme de la pistola moderna brillará un instante sembrando la muerte; el escape de gases furiosos de la moto rauda, amortiguará el estampido de las cápsulas y las ruedas, ágiles, de la infernal maquinilla llevarán, en sus giros vertiginosos, hacia los barrios excéntricos del Madrid cortesano, a los audaces y tremendos encarnadores de la nueva justicia. He ahí todo. Un paseo febril,

por las calles más centrales de la urbe, coronado por el episodio sangriento. Después...

Al saberse que el jefe del gabinete español asesinado acababa de ser substituído en su puesto oficial, uno de los carceleros o custodios de Mateu, le habló reflexivamente: Ya ve usted, le dijo, cuán inútil ha sido su acción. Cae uno, y otro lo reemplaza.

Y Mateu, con la seguridad impávida de los iluminados, contestó:

—Exacto. Mañana caeré yo. Pero a mí también me reemplazarán...

Alberto Ghirardo

Madrid, Marzo 16 de 1921.

EL COMUNISMO Y LOS REFORMISTAS

por Alfredo B. Lewis

(De «*The Call Magazine*», N. York).

Leed este artículo hasta el fin. Hallaréis en él dos cosas poco comunes: profundidad de concepción y claridad de expresión. (N. de R.)

Hay muchas personas que suelen contrastar el comunismo con el reformismo social. Dicen estas personas que ellas abogan por reformas sociales para remediar males específicos tan pronto como estos males llegan a conocimiento del pueblo, pero que el comunismo es un cambio tan completo y radical, que en lugar de ser una reforma, constituiría una revolución. Dicen que ellas no quieren dejar la sólida y segura vía de las reformas sociales por la incierta vía, o *salto en las tinieblas*, de un cambio tan revolucionario como la introducción del socialismo efectivo o comunismo. Aún cuando hay innumerables clases de reformadores sociales, generalmente coinciden todos ellos en el hábito de considerar los males industriales y sociales del presente en gran parte como aisladas y espasmódicas erupciones malignas de un sistema social esencialmente sano.

Reformadores sociales avanzados y progresistas suelen citar, como ejemplos de sabia legislación de reforma social, leyes contra el trabajo de los niños, leyes prescribiendo medidas o aparatos de precaución para el uso de máquinas peligrosas, seguros compulsorios contra accidente, compensaciones para obreros, bolsas de trabajo, pensiones de maternidad, reglamentos de inquilinato, reglamentos sanitarios contra drogas y alimentos impuros, leyes prescribiendo el máximo de las horas de trabajo para las mujeres, etc., etc. Ellas también suelen abogar por contribuciones más fuertes sobre las grandes rentas y los beneficios excesivos, reglamentación de ciertas clases de negocio, especialmente los monopolios, la contribución sobre las herencias, y quizás, también, el empleo de ciertos recursos judiciales sumarios contra los trabajadores en sus luchas industriales. Las medidas legales para impedir especulaciones y agiotajes, especialmente las que rezan con el alquiler de casas, gozan ahora de mucho favor entre los reformadores sociales.

Ahora bien, los comunistas no son, por regla ge-

neral, enemigos de ninguna de estas cosas. Ellos estudian la corriente de legislación de reforma social y hallan que en casi todos los casos la clase típica de reformas sociales tiende a dar cierta forma de ayuda gubernamental a los elementos más pobres, en determinadas circunstancias, y tiende también a poner ciertas restricciones sobre el derecho de las clases pudientes a hacer de su riqueza y poder el uso que se les antoje. Los males a que apunta la legislación de reforma social son resultado, bien de la pobreza, desamparo u orfandad de grandes secciones de la clase trabajadora, bien de la falta de control por los trabajadores de las condiciones en que trabajan y hasta de las condiciones en que viven; o, desde otro punto de vista, de una riqueza y un poder, del lado de la clase capitalista, tan excesivos, que a menudo pueden usarse de una manera anti-social. La actitud del reformista social típico consiste en esperar hasta que alguien llama su atención hacia ciertos malignos resultados específicos de las causas de mal fundamentalmente complementarias en la sociedad moderna: demasiado riqueza y poder de parte de la clase capitalista, y demasiado pobreza y falta de gobierno sobre su propia existencia de parte de la clase trabajadora... para luego tratar de un modo u otro, de remendar el descosido, sin meterse, de ninguna manera fundamental, con el sistema capitalista.

Como ejemplos más concretos de la actitud del reformador social típico, pueden citarse los siguientes casos: el reformador social descubre que el pobre, a causa de su pobreza, es deficientemente atendido en su enfermedad o accidente, y que, durante su inhabilitación para el trabajo, su familia se encuentra a menudo en la mayor necesidad. El reformador social se pone inmediatamente a trabajar para obtener una ley sobre indemnización para obreros, seguro compulsorio contra accidentes o enfermedades, o sobre servicios municipales de salud pública... en vez de tratar de extirpar en sus raíces la causa de la pobreza del jornalero.

Descubre el reformador que los niños de los po-

bres son retrasados a veces en su desarrollo físico y mental por razón de condiciones adversas durante su infancia. Al momento se le ocurre un plan para pensiones de maternidad, leyes contra el trabajo de los niños, o algo semejante, en lugar de remover las causas de la pobreza que a su vez son causa de las condiciones adversas del desarrollo infantil. Encuentra el reformador que hay demasiada prostitución: en seguida inicia un asilo para mujeres caídas, o una campaña para una limpieza emprendida por las autoridades de policía... en vez de tratar de mejorar el *standart* de vida en los hogares más pobres, que es de donde salen en su inmensa mayoría las prostitutas.

El reformador social ve a las mujeres y a los niños trabajando en factorías, o sujetas a un horario excesivo que destruirá su salud o retardará su desarrollo. En lugar de tratar de abolir las causas de la pobreza y dura necesidad que les forzaron a aceptar tal forma de trabajo, él sólo se preocupa de prohibir, por medio de un pronunciamiento legislativo, las largas horas de faena, o aquella clase de trabajo agobiante; con el resultado, por supuesto, de que es casi imposible aplicar tales leyes. Descubre que el trabajador tiene que trabajar en condiciones de peligro o insalubridad. En lugar de tratar de abolir la falta de control por parte del obrero sobre las condiciones de su faena, falta de control debida inevitablemente a la separación establecida entre la propiedad y el uso de la tierra y el capital, él promulga grandes códigos para la reglamentación de las factorías, los cuales, acaba él por descubrir, son muy difíciles de aplicar, por la simple razón de que es contrario a los intereses de los dueños del negocio reglamentado el que se apliquen. Visto lo cual, él acusa de ello, por regla general, a la *flaqueza humana*, en vez de darse cuenta de que la causa de tales males están en un sistema social que hace que pague mayores beneficios la acción egoísta que la acción cooperadora encaminada al bien general.

Cuando él halla que los trabajadores están mal pagados, trata de pasar leyes de salario mínimo. En los casos en que la ley de salario mínimo es observada, en lugar de ser torcida y anulada por los jueces, algunas veces ocurre que los trabajadores peor pagados pierden su empleo, precisamente a consecuencia de dicha ley, y todo porque el reformador social, en vez de irse a la raíz del asunto, ha dejado a la clase capitalista en el absoluto gobierno de la industria; y es claro, que la clase capitalista no tiene ninguna obligación de dar trabajo a los jornaleros. O bien la clase capitalista, en obediencia a dicha ley, hace subir sencillamente sus precios, lo que puede siempre hacer, toda vez que ejerce pleno control sobre los productos, y así los consumidores, pertenecientes, en su mayor parte, a la clase trabajadora, sufren las consecuencias del golpe.

El reformador social puede hallar que existe mucha *desocupación*. Entonces pone su ambición en el establecimiento de un bello y complicado sistema de *Bolsas del Trabajo*, agencias de colocaciones, etc., en lugar de tratar de abolir el sistema capitalista, que hace que la existencia de una porción en reserva de trabajadores sin empleo, sea una ventaja para los

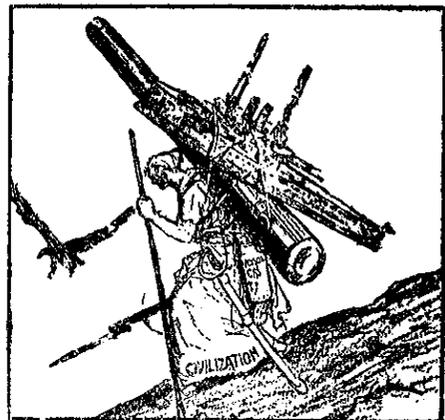
señores de las industrias, que así están en condiciones mejores de triunfar de las huelgas y mantener bajos los salarios. El sistema capitalista hace también que la restricción de la producción, y por consiguiente, del trabajo, resulte un beneficio para los dueños de las industrias, ya que esto les permite subir los precios; viéndose así como la *desocupación* está necesariamente ligada a la vida misma de la clase capitalista, que se beneficia de ella.

O bien el reformador se percató de que hay escasez de casas y que éstas están en condiciones nocivas a la salud. En vez de abolir al casero privado, cuyo interés está en obtener un gran beneficio sobre su inversión, y no en mantener su casa alquilada en condiciones sanitarias para bien de su inquilino, él procede a poner en vigor libros y más libros de ordenanzas que prescriben lo que el casero debe hacer y el tipo de casas que ha de construir, todo lo cual es, por supuesto, casi imposible de aplicar contra la obstinada y formidable resistencia del casero.

El reformador encuentra que los intereses capitalistas obtienen toda suerte de favores legales especiales del gobierno, en forma de altas tarifas proteccionistas, la no observancia de las leyes anti-monopolistas y anti-agiotistas, y garantías especiales del gobierno asegurándoles beneficios sobre inversiones en empresas de utilidad pública que en su mayor parte son *acciones de agua*. En seguida el reformador concluye que ello es debido a la falta de una eficiente democracia política, y se pone en campaña, abogando por leyes tales como el referéndum, la iniciativa, el *recall*, etc. Luego se extraña de que estas cosas no traigan toda clase de progresos y mejoras, y suele acabar por atribuirle la culpa de que no den resultado a la maldad inherente a la *naturaleza humana*. Pero es que olvida, o que no ha visto, que él ha dejado todavía en manos de la clase capitalista todas las fuentes de información pública, tales como los periódicos, las revistas, los cines, etc., y todo el poder de moldear la opinión pública que las grandes riquezas conceden siempre.

Los comunistas notan que ninguno de los planes

LA CARICATURA MUNDIAL



La carga intolerable que agobia a la Civilización. — (Del *World*. New York).

de los reformadores sociales han reducido el desnivel, en cuanto a riqueza y poder, que existe entre los ricos y los pobres, ni disminuído el descontento, ni abolido la desocupación, ni acabado con el imperialismo económico y la lucha por los mercados que constituye la causa más importante de las guerras. Los comunistas notan, además, que la corriente de reformas propugnadas por los reformadores sociales está aumentando en vez de disminuir, lo que indica que el reformador social, a despecho de algunos progresos definitivos que ha logrado hacer, es impotente para ir tan de prisa en sus remedios como el capitalismo va en sus efectos. Ellos ven asimismo que los esfuerzos realizados para reglamentar los negocios en ciertos detalles de menor cuantía, dejando en tanto a la clase capitalista su control de la industria, han fracasado casi siempre. Ellos creen, por consiguiente, que el reformador social está equivocado, porque está siempre tendiendo a curar o remediar los efectos múltiples y continuamente crecientes de la cosa que es fundamentalmente mala en la sociedad moderna, sin curar la cosa misma, que es mala, mediante la extirpación de su causa.

La cosa que es fundamentalmente mala, es que algunas personas, — la clase capitalista, — tienen demasiada riqueza y demasiado dominio sobre la opinión, sobre el trabajo y las vidas de los otros; en tanto que los trabajadores, que forman con exceso el mayor número, tienen demasiado poca riqueza y demasiado poco control sobre sus propias vidas, y muy escaso descanso para poder formarse sus propias opiniones inteligentemente y lograr ver claro a través de la tupida red de mentiras que pasan por

noticias en la prensa capitalista. La causa de esto es simplemente que algunos, mediante la propiedad privada de los medios de producción, poseen y manejan a su antojo las faenas que la gran mayoría de los otros hombres deben hacer para ganarse la vida. Esto permite a los dueños del trabajo, esto es, a la clase capitalista, el manejar a los otros hombres por virtud del manejo de su jornal, y el tomar una gran parte de lo que ellos producen en calidad de rentas del capital, con los varios nombres de beneficios, intereses, ganancias y dividendos, a cambio de concederle, bondadosamente, a la clase trabajadora el privilegio de trabajar. Abolid ese poder, aboliendo la propiedad privada de los medios de producción, y habréis destruído con ello la fuente de casi todos los males que el reformador está con toda razón señalando y tratando de evitar, si bien apelando para ello a métodos ineficaces y por regla general inútiles.

El comunismo no está, por lo general, abiertamente en contra de los planes de reforma social. Mientras no se pueda intentar nada mejor, nada se pierde con reformas que aunque sólo en calidad de expedientes transitorios contribuyen a mitigar, si son cumplidas, el rigor de los peores aspectos del capitalismo. Pero, a diferencia del mero reformador social, los comunistas tienen la visión clara de la verdadera causa fundamental de los males de hoy y un programa para librarse, completa y definitivamente, de esa causa de una vez por todas.

El reformador social es simplemente un marino sin brújula y sin rumbo definido, al paso que el comunista es un marino que tiene ambas cosas: la brújula y el rumbo.

EL CARBÓN Y LOS DESTINOS DE EUROPA

por H. N. Brailsford

(De «The Daily Herald».)

Brailsford es considerado como el pensador contemporáneo que conoce mejor los problemas político-sociales de Europa. Puede asegurarse que hoy día no existe un escritor más universalmente leído en tales materias. En el presente artículo vemos cómo se anticipa, con una visión admirable, a los resultados del plebiscito en Silesia, mostrándonos los recovecos de tan interesante cuestión.

La Alta Silesia votó el domingo. El resultado, cuando sea interpretado por los aliados, ha de ser quizás, la decisión más trascendental para Europa que salió jamás de una urna electoral. El carbón es la fuerza, y aún cuando los habitantes de esta provincia están pensando en muchas cosas además del carbón, es el porvenir de la energía industrial en la Europa Central lo que sus votos van a decidir.

Si Alemania pierde esta zona carbonífera, ya le podremos decir adiós a cualquiera indemnización que valga la pena. Pero ésta, sin embargo, es la más insignificante de las cuestiones envueltas en el asunto. La pérdida del todo o parte de este carbón extinguiría las esperanzas de toda verdadera restauración industrial en Alemania.

Mediante el engrandecimiento de los polacos, robustecería tanto el ascendiente militar como el económico de Francia en el continente. Podría

en realidad, traer tal estado de cosas, que la guerra y la revolución se ofrecerían a las desesperadas poblaciones como los únicos posibles medios de escape.

Los polacos silesianos

Es innecesario especular ahora acerca de las verdaderas simpatías de esta mezcla de razas.

Los hechos escuetos estaban de manifiesto mucho antes de que se procediera a las votaciones. La mayoría de la población (1.169.000) es racialmente polaca, pero la minoría alemana (884.000) incluye casi toda la clase educada, todo el personal técnico que ha levantado muchas prósperas industrias, y a la mayor parte, también, de los obreros hábiles. Los polacos, además, carecieron hasta hace muy poco de toda conciencia de raza. Ellos no habían formado parte de la monarquía polaca en sus épocas de más orgulloso esplendor. Ellos habían estado durante unos siete siglos bajo el imperio de la civilización alemana y su dialecto local es hoy escasamente inteligible para un polaco de Varsovia. Estadísticas electorales demuestran que bajo el sufragio universal los candidatos alemanes para el Reichstag obtuvieron

siempre mucho más votos que los candidatos polacos, y en las elecciones para la Asamblea Nacional alemana en 1919, cuando tanto los polacos como los espartaquistas declararon el boicot electoral, los alemanes obtuvieron los votos de un 60 por ciento del total de la población adulta.

Su influencia puede haber disminuido desde el 1919. Ellos reprimieron un levantamiento, algo artificial, de los polacos, en agosto de aquel año, con procedimientos tan crueles como los puestos en práctica en Irlanda por los **Black and Tans**. Por su parte los polacos, bajo la dirección brillante, pero poco escrupulosa, de Korfanty, han realizado una propaganda intensa, con abundancia de fondos, echando mano también de todo recurso de carácter argumentativo y sentimental, reforzado a menudo por el soborno y el terrorismo. Los esfuerzos de los alemanes han sido en conjunto menos enérgicos. Los oficiales franceses que ocupaban los puestos principales en la comisión del Plebiscito han sido acusados de parcializarse en favor de los polacos en cada ocasión.

A pesar de todo, una respetable mayoría alemana ha surgido en toda la provincia, pues Polonia es demasiado anárquica, demasiado militarista, demasiado reaccionaria y demasiado pobre para atraerse a hombres sensatos cuyo sentido de la nacionalidad es débil. No existe la conscripción militar en Alemania. El marco alemán, aún en su depreciación actual, vale por doce marcos polacos. No hay comparación posible entre las dos civilizaciones, y sobre todo, el simple obrero de Alemania goza, aun en medio de la relativa pobreza de hoy, un nivel de confort material, un código de legislación social avanzada, y oportunidades de cultura incomparablemente más altos que nada que Polonia pueda ofrecer ni aun a los obreros expertos. Si los silesianos son realmente polacos, tales argumentos no pesarán nada contra el místico conjuro de la nacionalidad. Pero, a lo sumo, son sólo polacos de frontera.

La interpretación del voto

El Tratado deja la forma en que el plebiscito ha de interpretarse capciosamente vaga. La suerte de la provincia no necesita decidirse como la de un solo todo, sino que puede dividirse. Consideraciones geográficas y económicas habrán de tenerse en cuenta.

Casi cualquiera forma de división concebible producirá una confusión económica, pues la línea puede cruzar zonas mineras y separar las varias plantas de fundición, tracción y fabricación del combustible que las tiene en movimiento. En cualquier caso de éstas, una minoría tendrá que ser sacrificada y podrá acudir a tácticas peligrosas. Se dice que Korfanty ha anunciado que habrá una masacre de alemanes, si ellos (los polacos) ganan, y los alemanes amenazan a su vez con abandonar sus minas e industrias si triunfan los polacos.

Por mi parte, no puedo olvidar que si Polonia sufre la pérdida de un millón de polacos, casi dubitativos, en Silesia, más de un millón de muy decididos alemanes han sido sacrificados en Posen y en la Prusia occidental.

La parte más ingrata del asunto consiste en que el carbón radica principalmente cerca de la frontera de Polonia, y si alguna porción de la provincia va a Polonia será precisamente la porción más esencial para el mantenimiento de las industrias en la Alemania oriental. La actual zona carbonífera polaca de Dombrova debe bastar para las necesidades polacas (reforzada con parte de la mina de Teschen y con el petróleo de Galicia) siempre que fuera bien fomentada y cuidada.

Las razones para la parcialidad francesa en la cuestión de Silesia son obvias. Según veo por la prensa oficial de Francia, si esta nación tuviera que optar entre sus dos ambiciones máximas: el lograr una indemnización o la ruina de su enemigo, escogerá sin vacilación lo segundo. Además, la ruina de Alemania es en este caso el engrandecimiento de Polonia, que ganaría no solamente el carbón, sino una población que suministraría doscientos mil conscriptos. Polonia está ahora, por supuesto, amarrada definitivamente a Francia por una entente militar y económica. Las minas, además, si es que Polonia las gana, pasarán inmediatamente, quizás, al igual que la zona de Dombrova y el petróleo de Galicia, a manos de los capitalistas franceses.

Carbón y predominio

Tras de estas maquinaciones, uno empieza a vislumbrar un vasto plan político. La escuela militarista francesa es lo bastante astuta para comprender que en nuestra edad el ascendiente militar, si ha de dar todos sus frutos de omnipotencia, debe estar respaldado por la fuerza económica. El camino más corto hacia esta finalidad está en el control del carbón. La potencia que pueda monopolizar los principales centros carboníferos de Europa y disponer del sobrante a su antojo, tendrá el medio efectivo de imponer su voluntad a todo el continente sin mover ni siquiera un regimiento negro.

El propósito no es del todo fantástico. Francia comenzó por adquirir las minas del Saar. En seguida se aseguró un tributo de carbón de dos millones de toneladas al mes de las minas del Ruhr. Esta cantidad excede en mucho a sus necesidades, y está vendiendo lo que le sobra a Italia y a Escandinavia. Las sanciones le permitirán adelantar aún más, pues ahora ella tiene el dominio de las vías fluviales que conducen el carbón del Ruhr al Sur de Alemania. Esto pone en sus manos un tremendo instrumento de presión.

Si ella pudiese completar su obra entregando las minas silesianas nominalmente a Polonia y en realidad a sus propios capitalistas, sólo quedaría entonces una parte de un gran centro carbonífero fuera de su garra, la porción checoslovaca del área de Teschen. Actualmente la Silesia suministra alrededor de una cuartá parte del carbón realmente producido en Alemania. Si todo ello se perdiera, la industria alemana, que ahora tiene provisión bastante para un 60 por ciento de sus necesidades, quedaría reducida a un 40 por ciento. Esto significaría terrible aumento de la cifra de los desocupados, hambre, y, posiblemente, la revolución.

No es el voto, sino la interpretación del voto por los aliados, lo que decidirá la suerte de la Europa Central. ¿Cederá Lloyd George, como es su costumbre, a los franceses? Ello depende considerablemente del partido laborista parlamentario. Su debilidad lamentable en la cámara puede no haber importado mucho en el asunto del impuesto de los 50 centavos. Esto fué más bien co-

media que tragedia. Importa, sin embargo, en este sentido. Todo colapso moral de esta clase es una invitación a Mr. George de que siga marchando por el mismo camino. No tiene ninguna oposición que temer. Hasta que el partido del Trabajo no luche contra él en la cámara, con toda la seriedad e inteligencia a su alcance, estará compartiendo con él la culpa de la ruina de Europa.

VOCES AMIGAS

«CUASIMODO»

Ha sido muy excelente la impresión que me ha causado el primer número de la publicación que dirigen los compañeros Barcos y Canales; excelente, por varios motivos, por el talento chispeante, irónico, lleno de profundas intenciones, del muy feo pero muy simpático Canales. — Canales, ¿no habrá alguna alusión personal en el sugestivo título: «Cuasimodo»? El contraste que Hugo simbolizó en Cuasimodo, la realidad y el espíritu, la fealdad enamorada de la belleza, lo vulgar y lo sublime, existe en Canales que es hombre feo, pero espiritualmente hermoso, atrayente, enamorado de todas las cosas nobles... Y ya en este paréntesis, quiero aprovecharlo para explicar el título de la revista, para muchos misterioso, pues varios compañeros me hicieron preguntas acerca de su significado. «Cuasimodo» es el protagonista de la novela de Víctor Hugo, «Nuestra Señora de París». Representa la fealdad física en todo sentido, es jorobado, tuerto, contrahecho; pero su alma representa el polo opuesto: la belleza, la espiritualidad. Hugo personifica la belleza en la Esmeralda, protagonista de la misma obra; Cuasimodo, el monstruoso Cuasimodo, está enamorado de ella. Bien; nuestros compañeros Barcos y Canales, escriben la revista para el pueblo y éste puede interpretar de la siguiente manera el título: «Cuasimodo» es el pueblo, el pueblo degenerado físicamente por las torturas del trabajo material. «Cuasimodo» soy yo, por ejemplo, con mis manos llenas de callos, con mi rostro quemado por el sol, con mis hombros caídos, abatidos de tanto estar inclinado sobre el trabajo, con mis piernas en arco, agobiadas por las largas jornadas en pie; el excesivo y rudo trabajo nos hace físicamente monstruosos. Pero la degeneración física, queda compensada con la belleza moral, con nuestros sueños redentores, con el ideal de nuestros espíritus; yo y mis compañeros del pueblo, los trabajadores manuales, somos los «Cuasimodos» de esta hora, enamorados de la belleza de una sociedad sin tiranos ni explotadores. — Decía, pues, que mi impresión de la revista era excelente por lo que queda dicho ya, y por la claridad y trascendencia de los escritos de Barcos, y, sobre todo, por la evolución realista que acusan las ideas actuales de este compañero. Dice Barcos que, hasta ahora, los revolucionarios hemos sido los «literatos» de la revolución social. Nada más cierto. Hemos creído que en las sociedades los factores únicos y decisivos, para la solución de todos los problemas, eran nuestras ideas dogmáticas que todo lo tenían previsto de antemano. Arreglábamos la futura sociedad contando únicamente con las inspiraciones de nuestra doctrina; pero vemos que, en la realidad, los mismos maximalistas tienen que modificar su plan constructivo para adaptarse a circunstancias desfavorables. El compañero Torralvo y yo fuimos de los primeros aquí, a poco de estallar la revolución que llevó al poder en Rusia a los maximalistas, en romper con los viejos dogmatismos que nos impiden ver claramente la realidad de las situaciones sociales, y, por consiguiente, el modo de utilizar con eficacia las fuerzas revolucionarias. Nuestra actitud nos valió algunas injurias de los ignorantes que creen que la realidad puede acondicionarse a la perfección suprema de los postulados doctrinarios. Lo que nunca han querido considerar los pretendidos revolucionarios, es que un ideal social tiene que prescindir de las posibilidades individuales; para un anarquista de conciencia, la disciplina impuesta, por ejemplo, está

de más. Pero, cuando salimos a la calle para actualizar socialmente nuestro credo, es necesario, antes de mirarnos a nosotros, considerar hasta qué grado de posibilidades nos ofrece el ambiente que deseamos transformar. En la junta revolucionaria que gobernó a Baviera durante algunos días, figuraban dos anarquistas; ellos, confiando en su propia conciencia, se olvidaron de armar al pueblo y de imponerle una disciplina provisoria y necesaria; no, pues, se dieron a socializar las universidades y el enemigo los encontró idealizando y completamente desarmados. Creer que nuestras fuerzas son las únicas que actúan en los pueblos, es un sueño ilusorio, que ya es hora de abandonar. Si queremos sacar utilidades sociales de nuestra acción, necesitamos comprender primero la situación real de la vida, que presenta dos órdenes de factores: internos y externos. Estos últimos pertenecen al dominio de la política internacional. Son factores importantes que tienden a disminuir la eficacia de la acción doctrinaria — no revolucionaria, — como sucedió en Rusia. Los primeros se relacionan, principalmente, con problemas industriales y de cultura dentro del propio país. Los anarquistas, impulsados por nobles deseos sin duda, el primer día de la revolución triunfante, proclamarían la amplia fórmula del comunismo libertario; que cada uno trabaje lo que pueda y lo que quiera, y sin atender la división del trabajo establecida en las industrias actuales, y que consuma lo que necesite, sin restricciones. Esto, naturalmente, puede significar la bancarrota de la revolución en pocos días; se habrán gastado energías inútilmente. Muchos revolucionarios confunden la utilidad social de una doctrina con un ideal de perfección personal. Decir: todo se ha hundido, menos el honor, es un ideal de pura esencia cristiana, que sólo sirve para halagar nuestro orgullo. Es un ideal personal que nos eleva hacia la santidad pura. Pero, es que a veces, es menester no ser santos; Lenin, por ejemplo, decreta fusilamientos sacrificando el honor personal, su dignidad de socialista que se siente herida por la necesidad de hacer mal a ciertas personas. Los anarquistas, por ejemplo, no quieren ser dictadores, porque su honor se lo impide, su conciencia, su dignidad de hombres puros; pero, si quieren ser útiles en ciertos momentos tienen que abandonar el orgullo personal de una conducta sin tachas, para ser, quizás, verdugos... Cuenta la historia que Guzmán el Bueno, el defensor de Tarifa, vióse en la necesidad de sacrificar cruentamente a su propio hijo; y cuántas veces tiene que ser sacrificada la conciencia pura y noble de los revolucionarios! Un poeta ha dicho: a veces para ser justos es necesario no ser buenos...

Si; hemos sido literatos de la revolución social. Barcos, hombre de vasta cultura, no podía dejar de advertirlo. Los que creen que él ha dejado ya su anarquismo, no comprenden que las teorizaciones son siempre fáciles; lo difícil es hallar un camino útil en la realidad, para no desperdiciar tan lamentablemente las fuerzas revolucionarias, como hicieron hasta ahora los anarquistas.

«Cuasimodo», que es el pueblo con ansias de belleza, de una sociedad más justa y posible, ha de realizar entre nosotros una labor muy útil. Será sostenida por los pobres, dicen sus directores; y debe ser así. «Cuasimodo» tiene que vivir siempre; con el título de la revista, el pueblo tiene el símbolo de su vida, y debe sostenerlo como una bandera.

F. RICARD.

(«Tribuna Obrera»).

A nuestros agentes y suscritores

Rogámosles envíen desde hoy en adelante sus giros y correspondencia al nombre impersonal del **Administrador de "CUASIMODO"** Cangallo 3047.

CUASIMODO en el exterior

Las personas que quieran encargarse de la venta de nuestra revista en los países del Continente, deben dirigirse al **Administrador de "CUASIMODO"**, enviando por anticipado el importe de sus pedidos, descontando el 30 o|o. Serán inmediatamente atendidos.

EL TRABAJO

DIARIO DE LA MAÑANA

Aparecerá en breve
en **BUENOS AIRES**

PROPOSITOS

EL TRABAJO será un defensor incondicional y valiente de la unidad proletaria.

La unidad de los trabajadores será prestigiada sobre base antiestatales y apolíticas.

Prestigiará el criterio de que tanto los sindicatos adheridos a la F. O. R. A. Comunista, a la F. O. R. A. del XI y los Autónomos, deben acatar la soberanía del Congreso de Unidad.

El diario prestigiará la revolución rusa, defendiéndola de los ataques y calumnias burguesas, reformistas y las de los doctrinarios cristalizados.

Desde sus columnas el diario hará escue-

la de sindicalismo, entendiendo que en el país está detractado por unos y hecho una amalgama informe por otros.

El diario no admitirá en sus columnas, bajo ningún concepto, polémicas personales, chismes ni nada que menoscabe los altos intereses proletarios.

Aconsejará a los sindicatos la adopción, en sus luchas y hasta en su funcionamiento administrativo, de los métodos y medios más modernos y progresistas.

Combatirá despiadadamente la falta de disciplina y cohesión en las batallas del proletariado.

**Unificación
Proletaria**

Actualidades

Sindicalismo

PROBLEMAS AGRARIOS

**Profesorado
y Estudiantes**

COMUNISMO

LEALO



SUSCRIBASE